

# Arsène Lupin

## La aguja hueca



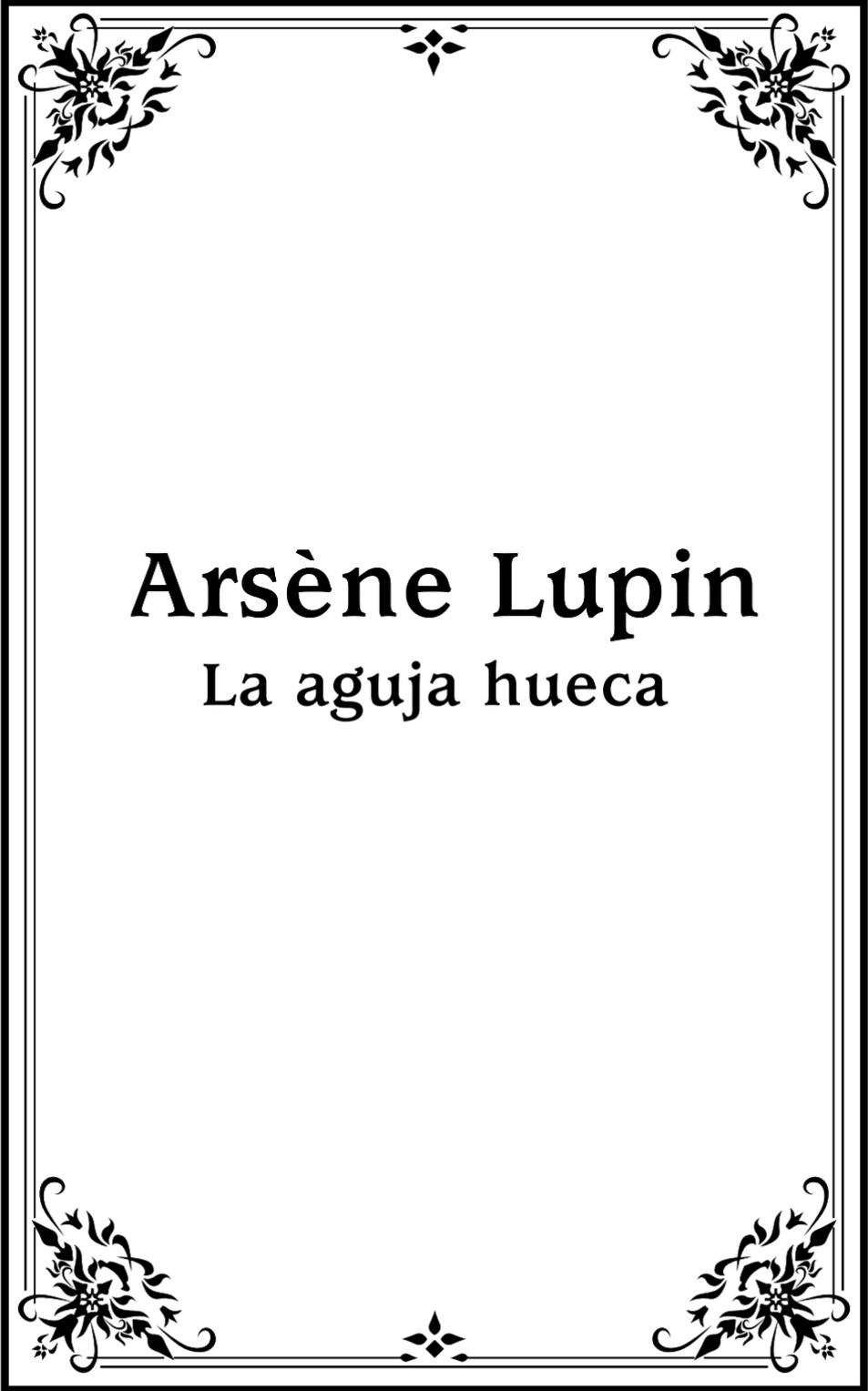
**NETFLIX**

«ARSÈNE LUPIN ES MÁS QUE UN LIBRO.  
ES MI HERENCIA, MI MÉTODO, MI VOZ.

SOY **LUPIN**».

• EDICIÓN OFICIAL CON FOTOGRAFÍAS •





# Arsène Lupin

## La aguja hueca

Maurice Leblanc



# Arsène Lupin

## La aguja hueca



ANAYA

Título original: *Arsène Lupin. L'Aiguille creuse*

1.ª edición: noviembre de 2021

Publicado por Hachette Livre, 2021  
Fotografías de Emmanuel Guimier  
© Del texto: Herederos de Maurice Leblanc, 1909  
© De la traducción: Sara Bueno Carrero, 2021  
© De la imagen de las guardas: Amguy / Istockphotos / Getty Images  
© Grupo Anaya, S. A., 2021  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es



ISBN: 978-84-698-9018-9  
Depósito legal: M-23396-2021

Impreso en España - Printed in Spain

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

## ❖ Índice ❖

---

---

1. El disparo .....	9
2. Isidore Beautrelet, alumno de retórica .....	39
3. El cadáver .....	71
4. Frente a frente .....	100
5. Tras la pista .....	131
6. Un secreto histórico .....	152
7. El tratado de la aguja .....	177
8. De César a Lupin .....	204
9. Ábrete, sésamo .....	223
10. El tesoro de los reyes de Francia .....	243

---

---

 **El disparo** 

**R**AYMONDE AGUZÓ EL OÍDO. De nuevo, y por dos ocasiones, se oyó el ruido, tan claro que destacaba de entre todos los confusos sonidos que componían el gran silencio nocturno, pero tan débil que no habría podido asegurar si se había originado cerca o lejos, entre las paredes del amplio castillo o fuera de ellas, en los tenebrosos recovecos del jardín.

Despacio, la joven se levantó y abrió los batientes de la ventana, que estaba a medio cerrar. La luz de la luna descansaba sobre un paisaje tranquilo de prados y arboledas, en el que se alzaban las dispersas ruinas de la vieja abadía en forma de trágicas siluetas, columnas truncadas, ojivas incompletas, esbozos de pórticos y retazos de arbotantes. Sobre la superficie de los objetos flotaba algo de aire, que se deslizaba a través de las ramas desnudas e inmóviles de los árboles, pero que agitaba las incipientes hojitas de los macizos.

Y, de repente, el mismo ruido. Procedía de su izquierda, debajo del piso en que vivía y, por consiguiente, de los salones que ocupaban el ala occidental del castillo.

La joven, aunque valiente y fuerte, sintió la inquietud del miedo. Se puso la ropa de noche y tomó las cerillas.

—Raymonde... Raymonde...

Una voz débil como un suspiro la llamaba desde la habitación de al lado, cuya puerta no estaba cerrada. Fue hasta ella a tientas, mientras que Suzanne, su prima, salió de la alcoba para derrumbarse entre sus brazos.

—Raymonde, ¿eres tú? ¿Lo has oído?

—Sí. ¿No estabas dormida?

—Imagino que me despertó el perro hace ya un rato, pero ha dejado de ladrar. ¿Qué hora será?

—Deben de ser sobre las cuatro.

—Vayamos al salón.

—Estamos a salvo. Allí está tu padre, Suzanne.

—El que no está a salvo es él. Duerme al lado de la salita.

—También está Daval.

—En la otra punta del castillo. ¿Cómo pretendes que lo haya oído?

Dudaban, sin saber qué decisión tomar. ¿Llamar a alguien? ¿Pedir ayuda? No se atrevían, pues hasta temían el sonido de su propia voz. Suzanne, que estaba cerca de la ventana, ahogó un grito.

—Mira, hay un hombre junto al estanque.

Efectivamente, un hombre se alejaba a paso rápido. Llevaba bajo el brazo un objeto de grandes dimensiones que no pudieron distinguir y que, por ir golpeándole la pierna, le dificultaba la marcha. Vieron que pasaba junto a la antigua capilla y se dirigía hacia una puertecilla en el muro, que debía de estar abierta, pues el hombre desapareció de repente, y no oyeron el chirrido habitual de las bisagras.

—Ha salido del salón —murmuró Suzanne.

—No, la escalinata y el vestíbulo lo habrían llevado más bien a la izquierda. A no ser que...

Las dos pensaron en la misma idea. Se asomaron a la ventana. Debajo de ellas, habían apoyado una escalera de mano contra la fachada del primer piso. Una tenue luz iluminaba el balcón de piedra. Y otro hombre, también cargado, franqueó la barandilla del balcón, se dejó caer por la escalerilla y escapó por el mismo camino.

Suzanne, asustada y sin fuerzas, se dejó caer de rodillas mientras balbuceaba:

—¡Vamos! ¡Pidamos ayuda!

—¿Y quién va a venir? ¿Tu padre? ¿Y si hay más hombres y lo atacan?

—Podríamos avisar al personal. Tu timbre comunica con su piso.

—Sí... Sí... Es una posibilidad. Eso si llegan a tiempo.

Raymonde rebuscó cerca de su cama el timbre eléctrico y lo pulsó. Vibró una alarma en lo alto y tuvieron la impresión de que desde abajo seguro que habían oído tan inconfundible sonido.

—Tengo miedo... Tengo miedo... —repetía Suzanne.

Y de repente, en plena noche, debajo de ellas, el ruido de una pelea, el estrépito de los muebles al moverse y exclamaciones seguidas de un gemido ronco, horrible y siniestro: el estertor de un ser degollado.

Raymonde se precipitó hacia la puerta, pero Suzanne le agarró desesperada el brazo.

—No, no me dejes sola. Tengo miedo.

Raymonde la apartó y echó a correr por el pasillo, seguida por Suzanne, que se tambaleaba de una pared a la otra gritando. Llegó hasta la escalinata, la bajó corriendo de escalón en escalón, se precipitó hacia el portón de la sala y se frenó en seco, clavada en el umbral, con Suzanne desplomada a su lado. Frente a ellas, a pocos pasos, había un hombre que portaba un farol. Con un gesto, apuntó hacia las dos jóvenes, a las que deslumbró, y contempló largamente sus rostros; luego, sin prisa, con los movimientos más tranquilos del mundo, se puso la gorra, recogió una hoja de papel y dos briznas de paja, borró las huellas que había dejado en la alfombra, se acercó hasta el balcón, se volvió hacia las jóvenes, las saludó y desapareció.

De inmediato, Suzanne corrió hacia la pequeña alcoba que separaba el gran salón del dormitorio de su

padre. Sin embargo, nada más entrar, quedó aterrada al contemplar un espectáculo horrendo. Bajo la luz lateral de la luna, se podían observar en el suelo dos cuerpos inertes, tirados uno junto al otro.

—¿Padre? Padre, ¿eres tú? ¿Qué te pasa? —gritó enloquecida, inclinada sobre uno de los dos cuerpos.

Al cabo de un instante, el conde de Gesvres se movió. Con la voz entrecortada, dijo:

—Tranquila. No estoy herido. ¿Y Daval? ¿Está vivo? ¿El cuchillo...? ¿El cuchillo...?

En ese momento llegaron dos empleados domésticos con velas. Raymonde se precipitó sobre el otro cuerpo y reconoció a Jean Daval, el secretario y hombre de confianza del conde. En su rostro ya lucía la palidez de la muerte.

Luego se levantó, regresó al salón, tomó una escopeta que guardaba cargada en un arsenal de la pared y accedió al balcón. Apenas habían pasado cincuenta o sesenta segundos desde que el individuo hubo pisado el primer listón de la escalera de mano, por lo que no podía hallarse muy lejos de allí, sobre todo teniendo en cuenta que había tenido la precaución de apartar ligeramente la escalerilla para que nadie más pudiese hacer uso de ella. En efecto, no tardó en verlo bordear las ruinas del viejo claustro. La joven encaró la escopeta, apuntó con tranquilidad y disparó. El hombre se desplomó.

—¡Lo tiene! ¡Lo tiene! —gritó uno de los empleados domésticos—. Lo tenemos. Voy a por él.

—No, Víctor. Se está levantando. Baja por la escalera y corre hasta la puertecilla. Solo puede escapar por ahí.

Víctor se apresuró, pero, antes siquiera de que pudiera llegar al jardín, el hombre volvió a desplomarse. Raymonde llamó al otro empleado doméstico.

—Albert, ¿lo ves ahí abajo, cerca de la arcada grande?

—Sí. Está arrastrándose por el césped. Está perdido.

—Vigílalo desde aquí.

—No tiene forma de escapar. A la derecha de las ruinas hay campo abierto.

—Víctor, vigila la puerta de la izquierda —dijo la joven mientras volvía a armarse con la escopeta.

—No vaya, señorita.

—Voy a ir —respondió con un tono decidido y gestos bruscos—. Dejadme. Me queda un cartucho. Si se mueve...

Salió del edificio. Instantes después, Albert la vio dirigirse hacia las ruinas y le gritó desde la ventana:

—Está tirado detrás de la arcada. No lo veo. Tenga cuidado, señorita.

Raymonde rodeó el antiguo claustro para impedirle la huida al desconocido, y Albert no tardó en perderla de vista. Al cabo de unos minutos, como no había vuelto a verla, se preocupó y, sin apartar los ojos de las ruinas, en vez de bajar por la escalinata, trató de alcanzar la escalera de mano. Una vez que lo hubo conseguido, bajó rápidamente y corrió directo a

la arcada cerca de la que había visto al individuo por última vez. Treinta pasos más allá, se encontró con Raymonde, que había ido en busca de Víctor.

—¿Y bien? —preguntó.

—Ha sido imposible ponerle la mano encima —respondió Víctor.

—¿Y la puerta?

—De allí vengo. Llevo la llave.

—Sin embargo, hay que...

—Ah, lo tenemos hecho. Dentro de menos de diez minutos, el bandido será nuestro.

El granjero y su hijo, a los que había despertado el disparo, habían salido de la granja, cuyos edificios se alzaban a lo lejos, a la derecha, pero dentro del recinto de las murallas; no se habían topado con nadie.

—¡Diantre! —exclamó Albert—. Ese bribón tiene que estar entre las ruinas. Seguro que lo encontramos en el fondo de un hoyo.

Organizaron una metódica batida, durante la que inspeccionaron cada matorral, apartando las pesadas redes de hiedra que rodeaban las columnas. Se aseguraron de que la capilla estuviese bien cerrada y de que no hubiese ningún cristal roto. Bordearon el claustro y visitaron todos y cada uno de los rincones, pero la búsqueda fue en vano.

Solo descubrieron una cosa: en el mismo punto en el que Raymonde abatió de un disparo al desconocido, recogieron una gorra de chófer confeccionada en cuero rojizo. Aparte de eso, nada más.

A las seis de la mañana, avisaron a la comisaría de Ouville-la-Rivière. Los agentes se presentaron en el castillo tras haber enviado por correo urgente a la comisaría de Dieppe una breve nota que relataba las circunstancias del delito, la inminente captura del principal culpable y el descubrimiento de su sombrero y del puñal con el que había perpetrado el crimen. A las diez, dos automóviles bajaron por la ligera pendiente que iba a parar al castillo. En uno de ellos, una respetable calesa, viajaban el sustituto del fiscal y el juez de instrucción, acompañado de su secretario judicial. En el otro, un modesto descapotable, iban dos jóvenes reporteros, que trabajaban para el *Journal de Rouen* y un diario parisino.

Ante sus ojos se alzó el viejo castillo, antaño residencia de los priores de Ambrumésy, mutilado por la Revolución y restaurado por el conde de Gesvres, a quien pertenecía desde hacía veinte años. Consta de una vivienda coronada por un pináculo desde el que monta guardia un reloj, y dos alas, cada una de ellas rodeada por una escalinata con barandilla de piedra. Por encima de los muros del jardín y más allá de la meseta que sostienen los elevados precipicios normandos, se advierte, entre los pueblos de Sainte-Marguerite y Varengeville, la línea azul del mar.

Allí vivía el conde de Gesvres con su hija Suzanne, una hermosa y delicada criatura de cabello rubio, y su sobrina Raymonde de Saint-Véran, a la que había acogido dos años atrás cuando murieron

simultáneamente su padre y su madre y Raymonde se quedó huérfana. La vida en el castillo era tranquila y rutinaria. De vez en cuando se pasaban a verlos vecinos. En verano, el conde llevaba casi todos los días a las dos jóvenes a Dieppe. El conde era un hombre muy voluminoso, de rostro apuesto y serio y pelo entrecano. Era muy acaudalado y gestionaba personalmente su fortuna y vigilaba sus propiedades con la ayuda de su secretario, Jean Daval.

Desde que entró, el juez de instrucción recopiló las primeras constataciones del cabo Quevillon. Aún no se había detenido al culpable, pero la captura era inminente, ya que se estaban vigilando todas las salidas del jardín. Era imposible escapar.

El grupo atravesó a continuación la sala capitular y el comedor, situados en la planta baja, y subieron al primer piso. De inmediato se fijaron en el perfecto orden del salón. No había ni un solo mueble, ni un solo objeto, que no pareciera ocupar su sitio habitual, y ni un solo hueco vacío entre muebles y decoraciones. A izquierda y derecha había colgados magníficos tapices flamencos con personajes. En el fondo, sobre las ventanas, cuatro preciosos cuadros, en sus respectivos marcos de la época, representaban escenas mitológicas. Eran los célebres cuadros de Rubens que había heredado el conde de Gesvres; junto con los tapices de Flandes, se los había dejado en herencia su tío por vía materna, el marqués de Bobadilla, grande de España. Filleul, el juez de instrucción, apuntó:

—Si el robo es el móvil del crimen, no se refleja en este salón.

—¿Quién sabe? —dijo el sustituto, que hablaba poco, pero, siempre que lo hacía, era en sentido contrario a la opinión del juez.

—A ver, caballero, la primera labor de un ladrón habría sido llevarse estos tapices y cuadros de fama universal.

—Puede que no tuviera la oportunidad.

—Eso es lo que vamos a averiguar.

En ese momento entró el conde de Gesvres, seguido del médico. El conde, que no parecía sufrir las consecuencias de la agresión de la que había sido víctima, les dio la bienvenida a los funcionarios judiciales y, a continuación, abrió la puerta de la alcoba.

La estancia, a la que no había accedido nadie desde el crimen, con la excepción del médico, destacaba frente al salón por su inmenso desorden. Había dos sillas volcadas, una mesa destrozada y varios objetos tirados en el suelo: un reloj de viaje, un archivador y una caja de papel de cartas. También había sangre en algunas de las hojas blancas desparramadas por el suelo.

El médico apartó la sábana que ocultaba el cadáver. Jean Daval, vestido con su habitual ropa de terciopelo y botines con refuerzos metálicos, yacía boca arriba, con uno de los brazos doblados bajo el cuerpo. Tenía abierta la camisa, y se observaba una gran herida que le atravesaba el pecho.

—Debió de fallecer en el acto —declaró el médico—. Bastó con una puñalada.

—Tiene que ser sin duda —dijo el juez— el cuchillo que he visto encima de la chimenea del salón, cerca de una gorra de cuero.

—Sí —confirmó el conde de Gesvres—, aquí mismo se recogió el cuchillo. Procede de la armería del salón; la misma de la que mi sobrina, la señorita de Saint-Véran, sacó la escopeta. En cuanto a la gorra de chófer, está claro que pertenece al asesino.

Filleul siguió examinando en detalle la estancia, le planteó unas cuantas preguntas al médico y le pidió a Gesvres que le contase todo lo que había visto y lo que sabía. El conde se expresó en los siguientes términos:

—Me despertó Jean Daval. No estaba durmiendo bien, con momentos de lucidez en los que tenía la impresión de oír pasos, cuando, de repente, al abrir los ojos, lo vi a los pies de mi cama, con una vela en la mano y vestido tal y como se ve, pues a menudo se quedaba hasta tarde trabajando. Parecía muy nervioso, y me dijo en voz baja: «Hay alguien en el salón». Y es verdad que se oían ruidos. Me levanté y entreabrí con suavidad la puerta de esta alcoba. En ese mismo momento, se abrió la otra puerta que da al salón y apareció un tipo, que se abalanzó sobre mí y me dejó inconsciente con un puñetazo en la sien. No puedo contarle más detalles, señor juez de instrucción, porque solo me acuerdo

de los datos principales, que transcurrieron a una velocidad extraordinaria.

—¿Y luego?

—Luego, no sé más. Cuando recuperé el conocimiento, Daval estaba tirado en el suelo, asesinado.

—A primera vista, ¿no sospecha de nadie?

—No.

—¿No tiene enemigos?

—No, que yo sepa.

—¿Ni tampoco el señor Daval?

—¿Daval, enemigos? Si es el ser más maravilloso del mundo. Jean Daval ha sido mi secretario los últimos veinte años y puedo asegurarle que nunca he visto a su alrededor más que simpatías y amistades.

—Sin embargo, han entrado en el edificio y ha habido un muerto. Tiene que haber un móvil para todo esto.

—¿Un móvil? Simple y llanamente, el robo.

—¿Y qué le han robado?

—Nada.

—¿Y entonces?

—Entonces, aunque no hayan robado nada ni falte nada, algo tendrán que haberse llevado.

—¿El qué?

—No lo sé. Pero mi hija y mi sobrina le dirán, con toda certeza, que vieron sucesivamente a dos hombres atravesar el jardín portando respectivas cargas bastante voluminosas.

—¿Y si las señoritas...?

—¿Y si lo han soñado? Es algo que me puedo plantear, pues, desde esta mañana, no paro de investigar y hacer conjeturas, pero es fácil interrogarlas.

Hicieron llamar a las dos primas al gran salón. Suzanne, aún pálida y temblorosa, apenas podía hablar. Raymonde, más enérgica y firme, también más hermosa, de ojos castaños con reflejos dorados, narró lo acontecido por la noche y la parte en la que había participado.

—Entonces, señorita, ¿su declaración es en firme?

—Absolutamente. Los dos hombres que atravesaban el jardín portaban objetos.

—¿Y el tercero?

—Se marchó con las manos vacías.

—¿Podría describírnoslo?

—Nos deslumbraba con el farol. Como mucho, diría que era de constitución grande y rolliza.

—¿Usted también lo describiría así, señorita? —preguntó el juez a Suzanne de Gesvres.

—Sí... o no —respondió Suzanne, reflexiva—. Yo lo vi de altura mediana y delgado.

Filleul sonrió, acostumbrado a que los testigos de un mismo hecho tengan opiniones y percepciones distintas.

—Así pues, estamos en presencia, por una parte, de un individuo, el del salón, que es a la vez grande y pequeño, gordo y delgado, y, por otra, de dos individuos, los del jardín, a los que se los acusa de haber robado del salón objetos que aquí siguen.

Filleul era un juez de la escuela sarcástica, como él mismo decía. También era un juez al que no le

molestaba el protagonismo ni perdía la oportunidad de mostrar al público su destreza, tal y como demostraba el cada vez mayor número de personas que se amontonaban en el salón. A los periodistas se unieron el granjero y su hijo, el jardinero y su mujer, el personal del castillo y los dos chóferes que habían conducido los coches procedentes de Dieppe. Continuó:

—También habría que ponerse de acuerdo sobre la forma en que desapareció el tercero de los personajes. Señorita, ¿usted disparó con esta escopeta desde esta ventana?

—Sí. El tipo se dirigía a la lápida casi sepultada entre las zarzas, a la izquierda del claustro.

—Pero ¿se recuperó?

—Solo a medias. Víctor se apresuró a bajar a proteger la puertecilla, mientras que yo lo seguí. Aquí se quedó vigilando nuestro empleado doméstico, Albert.

Albert, por su parte, prestó declaración, y el juez concluyó:

—Por consiguiente, según su declaración, el herido no pudo escapar por la izquierda, puesto que su compañero vigilaba la puerta, ni por la derecha, pues lo habría visto atravesar el jardín. Así que, como es lógico, en este preciso momento, debe de hallarse en el espacio relativamente limitado que tenemos ante nosotros.

—Es lo que yo creo.

—¿Y usted, señorita?

—También lo creo.

—Y yo —dijo Víctor.

El sustituto del fiscal dijo, con un tono socarrón:  
—El alcance de las investigaciones es limitado. Solo hay que continuar la búsqueda que se inició hace cuatro horas.

—A lo mejor tenemos más suerte.

Filleul tomó la gorra de cuero que se encontraba en la repisa de la chimenea, la examinó, llamó al cabo de la gendarmería y le dijo, apartado de los demás:

—Cabo, envíe de inmediato a uno de sus hombres a Dieppe, a la sombrerería de Maigret, a ver si puede decirnos a quién vendió esta gorra.

«El alcance de las investigaciones», según palabras del sustituto, se limitaba al espacio comprendido entre el castillo, el césped de la derecha y el ángulo formado por el muro de la izquierda y el opuesto al castillo; es decir, un cuadrilátero de aproximadamente cien metros de lado, donde se encontraban dispersas las ruinas de Ambrumésy, un celeberrimo monasterio durante la Edad Media.

De pronto, entre la hierba pisoteada, se percibió el paso del fugitivo. En dos puntos distintos, se observaron restos de sangre oscurecida, casi seca. Tras la curva de la arcada, que marcaba el extremo del claustro, no había nada más; la naturaleza del suelo, cubierto de agujas de pino, no era la más adecuada para que un cuerpo dejase huellas. Aun así, ¿cómo es posible que el herido escapase de la vista de la joven, de Víctor y de Albert? No había más que unos cuantos matorrales, que los empleados domésticos y

los gendarmes habían registrado, y unas pocas lápidas bajo las cuales también se había examinado.

El juez de instrucción pidió al jardinero, que era quien tenía la llave, que le abriera la capilla de Dios, un auténtico tesoro escultórico que el tiempo y las revoluciones habían respetado y que siempre se había considerado, por las exquisitas cinceladuras de su pórtico y los detalles de sus estatuillas, una de las maravillas del gótico normando. La capilla, de sencillo interior, sin ningún ornamento más allá del altar de mármol, no ofrecía refugio alguno. Además, para eso tendría que haber entrado, pero ¿cómo?

La inspección finalizó en la puertecilla que servía de acceso a los visitantes de las ruinas. Daba a un sendero entre la muralla y un bosquecillo en el que se observaban canteras abandonadas. Filleul se agachó: el polvo del camino presentaba marcas de neumáticos antideslizantes. De hecho, Raymonde y Víctor creían haber oído, tras el disparo, el suspiro de un automóvil. El juez de instrucción insinuó:

—El herido estará con sus cómplices.

—¡Imposible! —exclamó Víctor—. Yo ya estaba ahí mientras la señorita y Albert lo estaban viendo.

—A ver, en algún sitio tiene que estar. Fuera o dentro, no hay más opción.

—Está aquí —dijeron los empleados domésticos con obstinación.

El juez se encogió de hombros y regresó al castillo, apesadumbrado. El caso tenía mala pinta. Un robo

en el que no habían robado nada y un prisionero invisible: no había nada de lo que alegrarse.

Era tarde. Gesvres pidió a los funcionarios judiciales y a los dos periodistas que se quedaran a comer. Y lo hicieron en silencio. Luego, Filleul regresó al salón, donde interrogó a los empleados domésticos. Sin embargo, se oyó el trote de un caballo procedente del lado del patio y, momentos después, entró el genearme al que habían enviado a Dieppe.

—Dígame, ¿ha hablado con el sombrerero? —preguntó el juez, impaciente por saber.

—Vendió la gorra a un chófer.

—¿Un chófer?

—Sí, un chófer que se paró con su coche delante de la tienda y preguntó si era posible adquirir, para uno de sus clientes, una gorra de chófer de cuero amarillo. Se quedó en la tienda, pagó sin preocuparse siquiera de la talla y se marchó. Tenía mucha prisa.

—¿Qué clase de coche era?

—Un cupé de cuatro plazas.

—¿Qué día fue?

—¿Cómo que qué día? Ha sido esta mañana.

—¿Esta mañana? ¿Qué me dice?

—Que la gorra la compraron esta mañana.

—Eso es imposible, porque la encontraron la pasada noche en el jardín. Y para eso la tienen que haber comprado antes.

—Ha sido esta mañana. Me lo ha dicho el sombrerero.

Por un momento reinó el desconcierto. El juez de instrucción, estupefacto, hacía lo posible por comprender lo que estaba pasando. De repente, dio un respingo: se le había ocurrido una idea.

—Que traigan al chófer que nos condujo esta mañana.

El cabo de la gendarmería y su subordinado echaron a correr hacia las caballerizas. Tras unos minutos, el cabo regresó solo.

—¿Y el chófer?

—Le sirvieron la comida en la cocina, comió y luego...

—¿Qué pasó después?

—Se marchó.

—¿Con el coche?

—No. Con la excusa de ir a visitar a un familiar de Ouville, se llevó la bicicleta del mozo de cuadra. Aquí tiene su sombrero y su gabán.

—¿Se ha marchado sin sombrero?

—Se sacó del bolsillo una gorra y se la puso.

—¿Una gorra?

—Sí, de cuero amarillo —respondió.

—¿De cuero amarillo? Imposible: la tenemos aquí delante.

—Exacto, señor juez de instrucción, pero la suya es una parecida.

El sustituto dejó escapar una ligera risita burlona.

—¿Qué gracia! ¡Es divertidísimo! Hay dos gorras. Una de ellas, la auténtica, la que era nuestra única prueba del delito, ha desaparecido en la cabeza de un

falso chófer. Y la otra, la falsa, es la que tiene entre manos. ¡Ah! Nuestro querido amigo nos ha timado.

—¡Que lo atrapen! ¡Que me lo traigan! —gritó Filleul—. Cabo Quevillon, envíe a dos de sus hombres a caballo, y al galope.

—Estará muy lejos —dijo el sustituto.

—Por muy lejos que esté, tenemos que atraparlo.

—Eso espero, pero creo, señor juez de instrucción, que deberíamos concentrar nuestros esfuerzos sobre todo aquí. Fíjese en esta hoja que he encontrado en el bolsillo del abrigo.

—¿Qué abrigo?

—El del chófer.

El sustituto del fiscal le entregó a Filleul una hoja doblada en cuatro en la que se leía un escrito a lápiz con una letra algo vulgar:

*Pobre de la señorita si ha matado al jefe.*

El incidente provocó algo de conmoción.

—A buen entendedor, pocas palabras bastan —murmuró el sustituto.

—Señor conde —continuó el juez de instrucción—, le ruego que no se ponga nervioso. Ni ustedes, señoritas. Esta amenaza no tiene ninguna importancia, porque están aquí las autoridades. Se tomarán todas las precauciones. Les garantizo su seguridad. En cuanto a ustedes, caballeros —añadió volviéndose a los dos reporteros—, cuento con su discreción. Gracias a mi

condescendencia han asistido a esta investigación, así que no deberían pagarme con...

Se interrumpió, como si acabase de ocurrírsele una idea. Miró alternativamente a los dos jóvenes y se acercó a uno de ellos.

—¿Para qué periódico trabaja?

—Para el *Journal de Rouen*.

—¿Su identificación?

—Tenga.

El documento estaba en regla. No tenía nada que reprocharle. Filleul le preguntó al otro reportero:

—¿Y usted, caballero?

—¿Yo?

—Sí, ¿a qué redacción pertenece?

—Santo cielo, señor juez de instrucción. Escribo para varios periódicos.

—¿Su identificación?

—No tengo.

—¡Anda! ¿Y eso por qué?

—Porque los periódicos solo conceden identificaciones a los empleados fijos.

—¿Y qué?

—Pues que no soy más que un colaborador ocasional. Envío a distintos sitios artículos que se publican o se rechazan, según las circunstancias.

—En tal caso, dígame su nombre. Y enseñeme su documentación.

—Mi nombre no le iba a decir nada. En cuanto a mi documentación, no la tengo.